

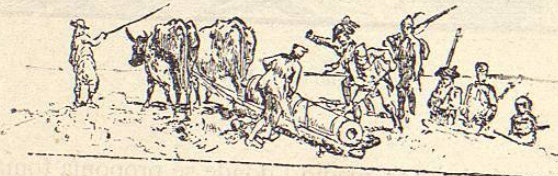
res. Las instrucciones contenían el plan de una campaña en Portugal y Andalucía. En cuanto á las instrucciones políticas, eran mucho más lacónicas y eran muy simplificadas desde el descalabro sufrido por sus reformas. Formaban una especie de refrán siniestro que aparecía en todas las cartas que Napoleón escribía á José: «No estoy contento de la policía de Madrid, le escribía el 10 de Enero, de Valladolid; Belliard es demasiado débil; con los españoles es necesario ser severo. *He hecho prender aquí quince de los más malos y les hago fusilar. Haz prender una treintena en Madrid. Cuando se trata con dulzura á esta canalla se cree invulnerable. Cuando se prende á algunos, principian á disgustarse del juego y se hace humilde y sumisa como debe ser.*»

El 12 de Enero, vuelve sobre sus recomendaciones; y le manifiesta su satisfacción de que Belliard ha principiado á ponerlas en práctica: «*La operación que ha hecho Belliard es excelente. Es necesario hacer prender en Madrid una veintena de los más malos sujetos. Mañana hago ahorcar á diez y siete conocidos por toda clase de excesos.... Sino se desembaraza á Madrid de un centenar de estos incendiarios, no se habrá hecho nada. Sobre estos cien haz ahorcar ó fusilar doce ó quince y envía los restantes á presidio. Yo no he tenido tranquilidad en Francia y no he dado confianza á las gentes de bien hasta que hice prender á doscientos incendiarios y asesina-*

nos de Setiembre y los envié á las colonias. Después de esto el espíritu de la capital ha cambiado como por ensalmo.»

El 16 de Enero de 1809, insiste aún sobre sus preceptos de alta política para mejor grabarlos en el alma dulce de José: «La corte de los alcaldes de Madrid ha absuelto ó solamente condenado á la cárcel á una treintena de pícaros que Belliard había hecho arrestar; *es necesario nombrar una comisión militar para juzgarlos de nuevo y hacer fusilar á los culpables...* Aquí se ha hecho el imposible para obtener la gracia de los bandidos que han sido condenados. He rehusado, *he hecho ahorcar, y he sabido que en el fondo del corazón se me había agradecido que no les hubiese escuchado.* Creo necesario que, en los primeros momentos sobre todo, vuestro gobierno muestra un poco de vigor contra la canalla. La canalla no ama ni estima sino á los que teme; y el temor de la canalla puede solamente haceros amar y estimar de toda la nación.»

Le recomendaba finalmente que sacase de Madrid, de los conventos y casas confiscadas, una *cientena de obras maestras* de la escuela española que faltaban, decía, á la colección del Museo de París. Los consejos contenidos en estas fraternales confianzas constituían en el fondo todo el programa de la política imperial y real. ¡Tales fueron los adios de Napoleón á este pueblo que decía era llamado á *regenerar!*



CAPITULO XX

GUERRA DE AUSTRIA

Regresa Napoleón á París.—Su irritación.—Estado político de París.—Conatos de independencia por parte del Cuerpo legislativo.—Pretensiones de Murat.—La policía imperial.—Amonesta severamente á Fouché.—Riña con Talleyrand.—Sus acusaciones.—Efectos del enojo de Napoleón.—Provoca á la corte de Viena.—Reconoce la correcta actitud de ésta.—Conducta de Napoleón con Austria.—Si Austria provocaba la guerra.—Pónese Napoleón en actitud reservada.—Pretende Napoleón que Rusia y Francia se impongan á Austria.—Pretende unir á Romanzoff á su política.—Política de Alejandro.—Si debía reconocimiento á Napoleón.—Cómo Napoleón confesaba su debilidad.—Situación de Alemania y de Prusia.—Niégase Alejandro á asociarse á los planes de Napoleón.—Prométele influir para que Austria desista de hacer la guerra.—Situación de Rusia.—Rusia y Austria.—Frústase la intervención de Rusia.—Provoca Napoleón á Austria.—Espera Napoleón comprometer á Rusia.—Llama Napoleón á varios generales de España.—Rendición de Zaragoza: 20 de Febrero de 1809.—Su heroica y gloriosa defensa.—Iniquidades de Lannes con los vencidos.—Rompe la capitulación.—Fusilamientos.—Honra José el valor de los zaragozanos.—Reprimenda de Napoleón: día 11 de Marzo.—Insulta Napoleón á Palafox.—Eaciérrale en Vicennes.—Organiza Napoleón su ejército.—Cómo se procuró oficiales.—Alistamiento forzoso de los jóvenes de las grandes familias.—Nuevos alistamientos.—Cómo Napoleón desagraba á Francia.—Organización del ejército de Alemania.—Impone á los alemanes generales franceses.—Inútiles protestas del rey de Wurtemberg.—Fuerzas y organización del ejército austriaco.—Los archiduques austriacos.—Vacilaciones del gobierno de Austria.—Situación económica de Austria y Francia.—Recursos financieros de Francia.—Cómo la situación económica de Austria y Francia llevaba fatalmente á la guerra.—Denuncia Metternich los armamentos de Francia.—Órdenes para la concentración del ejército francés.—Instrucciones de Napoleón á Berthier.—Instrucciones de Napoleón á Murat.—Anúnciales que quiere abolir el poder temporal del Papa.—Confusión y pesadez de los movimientos del ejército austriaco.—Su plan de campaña.—Si es responsable del mismo el archiduque Carlos.—Cómo se llegó á la guerra.—Violaciones del derecho de gentes y de territorio.—Errores de Napoleón.—Berthier y Napoleón.—Apuros de los generales franceses.—Ineptitud de Berthier.—Llega Napoleón al ejército.—Timidez de los austriacos.—Impetuosidad de Napoleón.—Primeros combates.—Diseminación de los cuerpos austriacos.—Resuelve Napoleón cortar su línea.—Fanfarronadas de Napoleón.—Sus triunfos.—Batalla de Eckmühl: 22 de Abril.—Intenta Napoleón impedir al archiduque el paso del Danubio.—Recobro y asalto de Ratisbona.—Napoleón herido.—Derrota el archiduque Juan al príncipe Eugenio.—Enojo de Napoleón.—Llega Macdonal á Italia.—La insurrección del Tirol.—Triunfo en Polonia del archiduque Fernando.—Marcha Napoleón sobre Viena.—Combates del 3 de Mayo de 1809.—Llegan los franceses delante de Viena: 10 de Mayo.—Bombardeo de Viena.—Evacuan los austriacos la ciudad.—Retirada de los archiduques Fernando y Juan para sostener á Carlos.—Napoleón y el Papa.—Decreto del 17 de Mayo.—Intenta Napoleón cruzar el Danubio.—Batalla de Aspern ó de Essling.—Sus resultados.—Muerte de Lannes.—Aparece Wellington en España.



ABIENDO salido el emperador de Valladolid el 17 de Enero, estaba en las Tullerías el 23 del mismo mes. Se ha repetido á menudo que las intrigas de París no habían contribuí-

do menos que los armamentos de Austria á este regreso inopinado que sorprendió á todo el mundo. Tales fueron, en efecto, los pretextos que le plugo alegar para explicar su brusca salida de la Península.

la, pero es conocer mal su carácter tomar por lo serio las interpretaciones que le convenía dar de su conducta. Sus verdaderos motivos, Napoleon no podía decirlos. No podía confesar que el que había destruido en ocho días el poder militar de Prusia, se sentía humillado, desesperado de haber pasado en España cerca de tres meses sin acabar con una resistencia de la que no hablaba sino con el último desprecio. En el fondo esto no era aquí sino una repetición de la media vuelta de Boulogne con menos impaciencia de hacer la guerra, pero con un igual deseo de ser provocado. Pero las falsas apariencias de que supo fácilmente apoderarse para

parecer obligado á abandonar un país que se le hacía tarde, no sostienen un examen atento. Los preparativos de Austria se proseguían lentamente; su agresión, que Napoleon debía apresurar la hora por sus preparativos, estaba lejos de ser inminente. En cuanto á las pretendidas intrigas de París, se redujeron á habladurías inofensivas.

Hubo, como todas las veces que el emperador estaba lejos de Francia, un poco más de libertad de lenguaje, un poco menos de timidez en los descontentos. A despecho de esta muralla china que su policía elevaba al rededor de Francia, algunos rayos de luz habían concluido por esclarecer estos sucesos



Defensa de Zaragoza

de España que él hubiera querido envolver en una oscuridad impenetrable, y el público, demasiado desmoralizado para juzgarles con la indignación que merecían, osaba empero vituperar una empresa que el éxito parecía vacilar en sancionar. En cuanto á la gran masa principiaba á dolerse de las quintas que la diezaban, pero sus agravios no iban más allá. Algunos de los más altos funcionarios del imperio, inquietos de ver sus posesiones comprometidas, se asociaban discretamente á estas críticas. Otros ponían sobre el tapete la inevitable cuestión de saber qué habría que hacer si el emperador sucumbía en España, previsión tanto más natural, cuanto que la familia imperial estaba dividida por odios implacables.

Pero estas murmuraciones tenían poco eco fuera de los corros de los salones. No existía entonces ni prensa ni tribuna para darles la resonancia que hubieran debido tener. El Cuerpo legislativo estaba, es verdad, reunido, pero aunque poco satisfecho de

la marcha de los negocios, no levantaba jamás la voz sino para hacer oír bajas adulaciones. Mirando de muy cerca, se podía todavía notar un signo casi imperceptible de su secreta desaprobación en el número bastante notable de votos opuestos con que acogía el proyecto de código de enjuiciamiento criminal. Su valor cívico iba un día hasta á desechar un artículo de ley, para volver á entrar al instante bajo tierra, espantado de su propia temeridad.

Se citaba al lado de este gran suceso otro incidente no menos grande de amenaza, al decir de los alarmistas interesados en hacer valer su celo. Una reconciliación había tenido lugar entre Fouché y Talleyrand por mucho tiempo enemigos declarados. Estos dos personajes, que no eran hombres para dejarse coger al desprovisto por los sucesos, habían tenido juntos largas conferencias. Habían comprendido la necesidad de entenderse y de concertarse por una acción común en previsión de una muerte del emperador. Se afirmaba que antes de partir para

Nápoles, Murat, el propio cuñado de Napoleon, había dado su adhesión á todos sus planes con la esperanza fundada de aprovechar un día el medio de su popularidad en el ejército. Que semejantes confidencias hubiesen sido cambiadas, en efecto, entre los hombres preocupados de salvar su gran posición política, y que todos hubiesen tenido más ó menos que dolerse de los procederes del emperador, era infinitamente probable. Eran naturalmente sugeridos por los peligros del presente y las incertidum-

bres del porvenir; no eran mas que una repetición debilitada de todo lo que se había visto en circunstancias análogas, en las épocas de Marengo, de Eylau é igualmente de Austerlitz. Mas estas confidencias no salidas del dominio de la conversación privada, y, á menos de hacerse declarar inmortal, no se veía como Napoleon podría pretender impedirlo. Finalmente, los autores estaban tan lejos de pensar en un principio de ejecución viviendo el emperador, que el que debía representar el papel prin-



El convento de Santa Engracia.—Zaragoza

cipal, el rey Murat, se encontraba en Nápoles, puesto singularmente escogido para conspirar en París.

La importancia misma que se atribuía á estas habladurías de antecámara prueba cuán pocos hechos serios había para alegar; y si Napoleon hizo tanto ruido, es porque en este momento necesitaba á todo coste culpables á fin de disimular el molesto efecto de su vuelta precipitada. Entre las numerosas copias que se habían hecho de la época de los Césares, no había modo de olvidar á los delatores. La denuncia era uno de los grandes resortes del régimen imperial; estaba impuesta como un deber á todos los funcionarios del imperio, desde el senador hasta los miembros oscuros de la Universidad. El emperador tenía además varias policías ocupadas en denunciarse las unas á las otras. Fouché, cuyo cargo consistía

en vigilar á los otros, estaba él mismo espionado de más cerca que nadie. El emperador conoció luego, con los más pequeños detalles, el secreto de la reconciliación operada entre su ministro de policía y el gran chambelán. Llegaba á París en este estado de mal humor ó más bien de fría ira que no le había abandonado desde el día en que se vió forzado á renunciar á hacer prisionero al ejército inglés. Esta cólera sorda se manifestó desde Valladolid por los torrentes de invectivas contra los españoles, sus generales, sus soldados, contra su propio hermano. Sus cálculos se encontraban de acorde con sus sentimientos para aconsejarle que señalara su regreso con un acto sonado, así no tuvo que hacer ningún esfuerzo para aparecer en París como un amo irritado en medio de sus espantados servidores.